



# *Antología*



J  
U  
L  
I  
A  
A  
N  
T  
I  
V  
I  
L  
O

## Tres mujeres: tres momentos de la modernidad chilena

Leonidas Morales T.

Reúno en la antología que sigue textos escritos por tres mujeres chilenas, una del siglo XIX, Carmen Arriagada (1807-1900), y dos del siglo XX, Teresa Wilms (1893-1921) y Gabriela Mistral (1889-1957). Los textos pertenecen, en los tres casos, a géneros discursivos que no son de ficción sino referenciales: la carta (Carmen Arriagada), el diario íntimo (Teresa Wilms) y la crónica urbana o periodística (Gabriela Mistral). Si bien no son géneros de ficción, y por lo mismo no entran en el territorio que todavía alguna jerarquización tradicional, con resabios de canonización excluyente, reserva para las expresiones de lo genuinamente “literario”, la escritura de estas tres escritoras, en el género que cada una ha elegido para su enunciación, alcanza lo que tantas veces se ha comprobado en éstos y en otros géneros de la misma clase referencial: que no sólo pueden convertirse en un espacio donde se despliega una dimensión auténticamente “literaria” del lenguaje, estética por lo tanto, sino también y al mismo tiempo en un espacio de producción de signos, de órdenes de signos, a partir de los cuales es posible construir, a la luz de la teoría literaria y del saber histórico, figuras de sentido (cultural, social, ético) de interés y poder iluminador no menores que los ofrecidos por la literatura de ficción.

Ahora bien, ¿qué une aquí a estas tres mujeres chilenas escritoras? O mejor, ¿qué relación entre ellas permite reunir las en una misma antología? El que su enunciación apele a la misma clase de género no es más que un elemento de conexión formal y general, insuficiente en sí mismo, o por sí mismo, para fundamentar su inclusión en esta selección antológica. Tampoco habría una respuesta satisfactoria (aunque se avanzaría en ella) diciendo que los géneros elegidos como modalidad de escritura, es decir, la carta, el diario íntimo y la crónica periodística, son propicios a la configuración de discursos testimoniales, a la narración y a la reflexión desde la subjetividad de un yo biográfico. La conexión

de fondo es que cada una representa un pensamiento articulado a uno de tres momentos sucesivos de la historia de la modernidad cultural chilena. Y no simplemente articulado sino articulado mediante su crítica. Esos tres momentos son: la primera mitad del siglo XIX, fines del XIX y comienzos del XX, lo que suele designarse con la frase *belle époque*, y los años inmediatamente posteriores a la década de 1910 (la del Centenario). Determinados aspectos sociales y culturales asociados a la especificidad de estos momentos de la modernidad chilena quedan a la vista, bajo la forma de su crítica, en las cartas de Carmen Arriagada, el diario íntimo de Teresa Wilms y las crónicas periodísticas de Gabriela Mistral. La antología que he preparado contiene algunas cartas de Arriagada, fragmentos del diario íntimo de Wilms y una de las crónicas de Mistral, de esas que a ella le gustaba llamar “Recados”

Las cartas de Carmen Arriagada son cartas de amor, escritas a su amado el pintor romántico alemán Mauricio Rugendas, entre 1835 y 1851<sup>1</sup>. La necesidad de conjurar la ausencia del objeto de su deseo, haciéndose “presente” a él en su ausencia, la llevan a “escribirle” su intimidad cotidiana, el espacio social y cultural inmediato dentro del cual transcurre su vida. Esa intimidad es la de una soledad agobiante, que en sus límites, en sus puntos extremos, ella la vive como un inmovilismo perturbador, intolerable, hasta tal punto que sueña con que algo lo interrumpa de pronto, una “revolución”, de los hombres o de la naturaleza. El vacío interior, su inmovilidad, se corresponde con el sentimiento de un vacío exterior, abierto en el del espacio social y cultural cotidiano, percibido como ajeno, cautivo de pesadas rutinas de origen colonial, un espacio cuyo tiempo parece tan inmóvil como el de la intimidad. Eso que en todas partes escasea, aquí, le dice a su destinatario, “sobra”: tiempo. Sólo su amor, Rugendas, podría salvarla de esta doble inmovilidad.

Pero esta situación no podría, o no debería, ser reducida sin más al juego de las presencias y ausencias propias de toda carta de amor. Hay aquí suficientes indicios para ver en las cartas de Arriagada (en los modos de su subjetividad y en las figuraciones de su amor ausente) un pequeño teatro del mundo, es decir, una alegoría de lo que entonces era Chile como sociedad moderna. Carmen era una mujer de lenguas: sabía bien inglés y francés, conocimiento que facilitó su acceso a la literatura en esas

lenguas. Pocas mujeres chilenas de su tiempo tuvieron (si es que las hubo) una cultura de libros tan rica como la suya en el pensamiento y la literatura del mundo occidental, pero sobre todo el pensamiento y la literatura modernos, y en forma particular los del romanticismo europeo. Era ella, en este sentido, un sujeto moderno de sensibilidad romántica que vivía como un náufrago en una sociedad, la chilena, donde la cotidianeidad respondía todavía a patrones coloniales y donde lo moderno, como cultura urbana y vida cotidiana, era una ausencia o fragmentos dentro de un proceso modernizador en etapas aún tempranas, más aún en una ciudad de provincia como Talca, donde vivía. El amor de Carmen, Rugendas, era sin duda el “otro” moderno de su deseo, pero su deseo y la ausencia de su objeto eran al mismo tiempo el deseo de un mundo cotidiano moderno y la experiencia de su ausencia en la sociedad chilena de la década de 1830<sup>2</sup>.

En la segunda mitad del siglo XIX los procesos modernizadores van consolidando, en sus diversos escenarios (economía, política, arquitectura, modas, literatura, arte), prácticas y rutinas como reproducción de la sociedad capitalista. Desde el punto de vista de las clases sociales, la aparición de una clase obrera numerosa (asociada a la minería extractiva) no es sino función del desarrollo de la burguesía chilena, constituida sobre la base de una red de alianzas (comerciales y matrimoniales) entre la vieja aristocracia rural y los nuevos representantes del comercio y el capital extranjero, ingleses principalmente, y grupos de inmigrantes y profesionales. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX la alta burguesía chilena está en posesión de excedentes de riqueza que le permiten imitar y reproducir los modelos de vida de las burguesías europeas, referentes de lo que se llamará la *belle époque* y caracterizados por el dominio de pautas de estetización de la vida cotidiana.

A ese momento responde la escritura del diario íntimo de Teresa Wilms, que se inicia en 1915 y termina en 1921<sup>3</sup>. Las anotaciones del diario comienzan en la celda de un convento de monjas de Santiago, uno de los espacios de castigo integrados al sistema de la “sociedad disciplinaria” (Foucault) cuya penetración y arraigo define la segunda etapa de la modernidad burguesa en Chile. Teresa Wilms, casada y con dos hijas, se había enamorado apasionadamente de un primo de su marido, y sin ocultarlo por lo demás, transgrediendo así una regla del orden social y ético

burgués. Fue su misma familia (con la aprobación del marido) la que, para evitar escándalos mayores, decidió encerrarla en el convento. El diario registra efectivamente no sólo un gesto de rebeldía frente a un orden, que al final es un orden de poder, sino también de desafío, de ruptura. Pero las páginas posteriores del diario irán dejando constancia de un sujeto femenino que si bien persiste en esa rebeldía, nunca encontrará la manera de transformar la rebeldía en la producción, desde ahí, de una nueva vida, y cuando, sin sus hijas, salga de Chile hacia Buenos Aires, Nueva York y luego Europa, las anotaciones del diario irán trazando, con acentos cada vez más desesperados, la figura de una víctima de su propia rebeldía. Ella misma de alguna manera había anticipado el final en una anotación de sus días de encierro en el convento, cuando se describe como “un pobre resto de algo que se hundió”. Sin dejar de ser su mundo personal el que se hunde, del cual ella es un náufrago, un “resto”, para el lector actual de su diario, ese hundimiento es también la imagen de otro hundimiento: el de los modelos de la *belle époque*, derrumbados con la primera guerra mundial. Zizek leía también una metáfora anticipatoria de este hecho histórico en el hundimiento del Titanic en 1912.

En Europa, el fin de la *belle époque*, la activación de un intenso pensamiento crítico en todos los planos (política, filosofía, arte, literatura) durante y con posterioridad a la primera guerra, y en Chile y Latinoamérica además el paso, en el plano de la literatura y el pensamiento, de una mirada, la del “modernismo”, seducida por modelos y motivos europeos, parisinos sobre todo, a una mirada abierta éticamente sobre lo propio (paisaje y sociedad), constituyen el momento histórico en el que se inscriben las crónicas que Gabriela Mistral comenzó a enviar a grandes periódicos desde 1921. El modo en que estas crónicas asumen la realidad chilena no es de celebración. Ante ella su posición es de distancia, justamente la distancia necesaria que su crítica exige. Cuando algo celebra, por ejemplo, la naturaleza como fundamento cultural, o determinadas formas éticas de la relación interpersonal asociadas a la tradición comunitaria de pequeños pueblos (como esos en los que pasó su infancia en el Valle de Elqui), es porque lo celebrado está en estado de abandono, de pérdida progresiva o de invigencia. Son sin duda los procesos modernizadores y sus proyecciones sobre la vida cotidiana, los que están implicados como agentes de tales abandonos, pérdidas e invigencias.

Pero de pronto, en una crónica publicada en 1932 con el título de "Música araucana"<sup>4</sup>, el tono de la voz se hace oscuro, se llena de resonancias trágicas, cuando la palabra tiene que dar cuenta de una realidad que la sobrepasa, que la escandaliza, y que la sociedad sin embargo ha estado produciendo y reproduciendo a lo largo de siglos, como ciega o sorda. En esta crónica recuerda su estadía en el sur de Chile, en la capital de La Araucanía, Temuco, y da su testimonio del pueblo mapuche, de cómo los vio en las calles de esa ciudad. La imagen que construye y transmite a sus lectores es la de un pueblo abatido, humillado, reducido a ser su propia ausencia. Se falta a sí mismo. Las voces de las mujeres que de pronto oye, que hablan entre sí en su lengua originaria (el mapudungún), le transmiten a la vez la ternura y el desamparo. Es la imagen de un pueblo que ha sido despojado de su diferencia, de su identidad, de su dignidad, hasta tal punto que Gabriela Mistral se refiere a él como la "raza gris". Gris: el color de lo sin color: el color de una humanidad despojada de su humanidad. Una raza gris: "la mancha de águilas cenicientas que vive Bío-bío abajo, si vivir es eso y no acabarse". El mestizaje criollo sería "igual o peor que la casta ibera hacia la raza materna [...], arrancando a la indiada de su región para dispersarla y enloquecerla con la pérdida del suelo". Y en los hombres indígenas ve unas "caras viriles, cansadas del mayor cansancio que pueda verse en este mundo". Para ella el pueblo judío siempre fue la figura por excelencia del acosado y perseguido. No extraña entonces que relacione indirectamente al pueblo mapuche con el judío, cuando dice del primero que es "el más aplastado por el silencio, que es peor que un 'pogrom'".

Desde la Conquista y la Colonia viene denunciándose la conversión infame de los pueblos indígenas en objeto de saqueo, aniquilación y servidumbre forzada. Las Casas ha sido la voz más sonora de esta denuncia. En Chile y en el siglo XX, antes de Gabriela Mistral, Joaquín Edwards Bello publicaba, en 1911, en su libro *Tres meses en Río de Janeiro*, una entrevista a un sacerdote salesiano que hablaba de cómo había sido testigo de las prácticas habituales de asesinatos de miembros de las poblaciones indígenas del extremo sur de Chile, la zona de Magallanes, y cómo esas prácticas eran propiciadas y bien remuneradas por dueños de estancias. Pero creo que la crónica de Gabriela Mistral es la primera en ofrecer una imagen de desolación de un pueblo originario, el

mapuche, construida con elementos de la vida cotidiana urbana moderna y desde una sensibilidad que ya es la nuestra. Una imagen vergonzante y a la vez de una crítica desgarrada. No volveremos a oír esa voz inaugural, su tono ensombrecido, hasta la segunda mitad de la década de 1950 y la década siguiente, con el canto y la poesía de Violeta Parra. Canciones suyas como “Arauco tiene una pena”, “El Nguillatún”<sup>5</sup>, se inscriben claramente en la línea abierta por Gabriela Mistral en su crónica. Un eco reciente de esas canciones y de esta crónica se puede oír en el disco “Aire puro”, del grupo de músicos chilenos Congreso, en la canción “Aroma de canelos”: otra vez, como en la Mistral, el desgarrar de la voz (del que canta) y otra vez, en el trasfondo, una mujer mapuche que dice su lamento en mapudungún<sup>6</sup>.

## **Antología**

### **I. Carmen Arriagada, “Cartas de una mujer apasionada”**

El epistolario se extiende entre 1835 y 1851. Aquí reproduzco cartas fechadas en los primeros años de la relación amorosa, interesantes por los retazos que contienen sobre una experiencia del tiempo cotidiano en esa primera fase de la modernidad chilena, y por el espíritu crítico latinoamericanista que hacen visible, por ejemplo, en el juicio sobre la guerra de Portales contra la Confederación Perú-Boliviana. Una de estas cartas aparece escrita en varios días, con lo cual el género epistolar entra en las fronteras del diario íntimo, revelador de la “necesidad” de escritura de su autora y de lo que esta necesidad revela como ausente (Ver la Introducción a esta antología). Las cartas reproducidas están firmadas todavía por Carmen “Gutike”, con el apellido de su marido. Desde 1839 ese apellido desaparece.

Talca, 17 de septiembre de 1836

Señor  
Don Mauricio Rugendas  
Santiago

Querido amigo:

Después de carecer de sus noticias por tantos días, llegó en fin el correo trayéndome su muy amable carta del 6. Todavía se advierte en ella un resto de descontento, que espero ver desaparecer cuando Vd. realice sus proyectos de viajes. La permanencia estable en un lugar, no conviene a las personas de un carácter ardiente y vivo como el de Vd.; se necesita un campo más extenso pa. no aburrirse y desesperarse, y Sant<sup>o</sup>. es bien reducido.

Viaje Vd., mi buen amigo; su paseo a Cauquenes le dará placer, no lo dudo; Vd. es de un gusto sencillo, y un rodeo ofrece diversión pa. aquel que no le ha estragado con la etiqueta y ostentación de los placeres de los pueblos. En él observará a mis paisanos en su elemento, es decir a caballo; la destreza con que los manejan, la osadía con que se dejan ir por un precipicio pa. alcanzar el toro fugitivo, y su atrevimiento en querer sujetar a este animal furioso al "pigual", (argolla de fierro puesta en el lado de la montura), quizás montado en un caballito que en apariencia no tiene fuerza ni aun pa. soportar el jinete. Veremos lo que esta diversión ofrece al hábil pincel del viajero.

Yo creía ver a Vd. por acá en este mes, po. guardaremos los deseos pa. después de la época del rodeo. Talca está ahora más animado, varias comidas y un gran baile para el 18! Yo no he asistido a ninguna y tengo incertidumbre de asistir el 18. Mi salud no está nada de buena; hacen diez día que tengo una fiebrequita que no me deja, alguna tos y muchos dolores de cabeza; no he hecho cama por ella, po. me siento mal, principalmente a la una del día y a la oración. Estoy triste y una especie de inquietud me agita: sin apetito, sin gana de ocuparme en nada, en fin no estoy buena. A veces deseo que hubiese un trastorno general en el país, sea por revolución de los hombres o de la naturaleza; me falta movimiento, tengo necesidad de alguna cosa que me conmueva mucho; aunque estoy cierta que la agitación me aniquilaría.

Los asuntos políticos nos tienen en expectación, po. mejor es no hablar de ellos; por todas partes se divisan males!



Nosotros hemos quedado con la haciendita que estaba en cuestión, no sé si deseo más que venda o que Gutike la conserve, no me gusta verme fijada en ningún lugar; más por otra parte es conveniente tener alguna cosa segura con que contar en caso de contratiempos. Cuando Vd. nos favorezca con visita quizá haremos un paseíto allí.

Deseando que Vd. se encuentre muy satisfecho ahora y que le veamos aquí muy pronto, quedo, mi querido amigo, su sincera amiga,

Carmen Gutike

Con que Vd. se ha desafiado, eh? Bravo mi valiente caballero! Y cuál es la beldad por quien Vd. se compromete? Vamos! dígamelo Vd. en confianza, como amiga.

Talca, 24 de agosto de 1837

Sôr.

Dn. Mauricio Rugendas,  
Santiago

Mi querido amigo:

La partida del Sôr. Azócar me ofrece la feliz ocasión de escribir a Vd. Aunque tuve el gusto de hacerlo por el correo pero, como siempre me es grato de entretenerme con Vd., no he querido perder esta proporción. Además este Sôr. ha tenido la bondad de encargarse de llevar a Vd. un cajoncito con quesos que estaba preparado muchas semanas para hacer el viaje, pero hasta ahora ningún viajero se había querido encargar de él. Los únicos piñones que se han conseguido aquí, recibirá Vd. con los quesos. Quizás no llegarán muy bueno; pero supla por la bondad, la buena voluntad con que se ofrecen.

Concluido este asunto, casi no hay cómo seguir una carta, falta de materia. Dios mío, cómo puede uno vivir en estos pueblos! Es para morir de fastidio. Veá Vd., mi querido amigo, en todas partes es corta, es escasa la vida; sólo aquí está de más. Oh! sí de más, no sabe uno cómo llenarla! Yo tengo un genio muy

descontentadizo, muchas veces en medio de la sociedad, rodeada de las personas que más me agradaban, sentía un fastidio, un vacío que me aburría; juzgue cual será ahora aquí sola, sola sin una persona que me entienda, Oh! esto es para dar lástima.

Se pasan dos y tres semanas sin que yo vaya a otra parte que a casa de Dolores, y como nos vemos todos los días, ya nada tenemos que decirnos, así que nos acostamos sobre el sofá, y nuestra visita se reduce a tomar té y dormir un rato. Vds., hombres, son dichosos en todas partes, con recursos en sí mismos, con más facilidad de acomodarse a las circunstancias, están bien siempre. No quiero escribir más hoy, porque estoy de humos triste y no veo para que me quejo a Vd., a Vd., que no puede remediar, sino afligirse, adiós.

C. Gutike

Talca, 14 de febrero de 1838

Querido amigo mío:

Cómo ha burlado Vd. mi esperanza! Casi veo expirar el mes de Feb. y aun Vd. no llega; según noticias de Sant. se le espera allí diariamente; luego no sale Vd. por este camino, y de este modo tendremos que renunciar al gusto de volverle a ver; porque de Sant. No le será fácil venir. Y para qué nos promete tantas veces que vendría? Para qué hacernos concebir tan grata esperanza? No conoce Vd. lo cruel que es un esperar burlado? Amigo mío, en nuestra posición la visita de una persona agradable nos es muy grata; juzque Vd. cuál debe sernos la de un amigo tan estimable como Vd.

Yo puedo decir con justicia: ahora "todo me falta a la vez". Vd. no viene; Gutike se fué a Sant., Dolores también está allí y aun la bella vecina está en el campo. Jamás me he visto tan sola, tan aislada! He sentido en todo su rigor el vacío de mi vida, y con dolor veo que aquí existo tan extranjera como si estuviera en el centro de la Rusia! Oh! No hay más que los recuerdos y la esperanza que me ligan a la vida. Si alguna necesidad urgente obligase a Gutike a separarse de mí por algún tiempo, qué fuera de mí?

Qué hace Vd. vagabundo infatigable! Venga a ver a sus amigos solitarios en medio del tercer pueblo de Chile. Por fortuna mi salud está muy restablecida; puedo coser y leer y esto me ayuda a pasar la vida. A su regreso encontrará Vd. el país en una confusión de guerra y paz y condenación y absolución; sin que nadie entienda por qué quieren una u otra, pues a excepción de los Fuentes y Pardos y de algunos pocos chilenos sin juicio a quienes por sus mira muy particulares les es preciso la aniquilación del país, las demás gentes no distinguen la razón tan imperiosa que les obliga a aventurar o sus vidas o una segunda vergüenza que completaría nuestro descrédito. Estamos esperando el resultado de esta crisis como los justos del Limbo, aunque yo creo tan poco en la mejoría de nuestra suerte como en esta ficción.

Realmente estoy inquieta por Vd., mi querido amigo! Había dejado pasar algunos días sin continuar mi carta, esperando que en este tiempo podía llegar, si no Vd., a lo menos una carta suya; pero, vano esperar! Un silencio como si los mares nos hubiesen ya separado responde solo a mi ansiosa inquietud! Si hubiese Vd. encontrado alguno de los peligros a que están expuestos los que hacen este viaje! Indios, precipicios, los riegos de la nieve, todo se presenta a mi idea! Por qué ha emprendido un viaje así, por qué se expone Vd. Rugendas? Qué miserable es mi vida! Si Vd. viese, qué miserable! Cómo el alma que se llena de amargura cuando uno no tiene una persona consigo que se interese por uno, que responda a sus ideas! Yo me desespero! Mi cabeza no es bastante fuerte para aguantar una lectura larga; mis ojos débiles también; leo, coso, pienso y pienso mucho; pero el día es tan largo! Y las noches, Dios mío! Las noches! Me parecen eternas y en fin, día y noche, solo con sus libros y sus pensamientos, fatiga y fastidia; si fuese solo ciertas horas del día que uno pasa sola, si fuese todo y que a una sola hora tuviese Vd. certeza que hay alguna persona racional a quien hacer una pregunta, aunque no sea más que aquella "qué hay de nuevo?". Pero las veinticuatro horas y las otras veinticuatro, pasarlo sola sin más compañía que una criada imbécil; vamos, es para dar los Diablos azules!

Vd. me preguntará, cómo he podido llegar a este grado de soledad? Oiga Vd., si me ha leído verá que G. no está aquí; que Dolores no está tampoco; que la vecina, en consecuencia de un mal negocio que hizo su marido, ha tenido que retirarse al campo para siempre; además Walton se fue al campo, una media legua

de aquí, para hacer su matanza, y que no viene si no el domingo a comer en el pueblo; el Dr. hace como veinte día está enfermo y sólo sale a la calle para ver a sus pacientes; viene a casa cada seis y ocho días, anoche por ejemplo, y tuvo el pobre que acompañarme al Teatro. Vd. sabe que mis relaciones con la gente del pueblo no son muy estrechas, que con una excepción sola, estamos a visita hecha, visita pagada. Ni aun Bermudo está aquí; hace cerca de dos meses se fué a establecerse a Bilbao. Se extraña Vd. ahora, mi amigo, que yo esté tan sola como digo? No, seguramente, pero lo que Vd. extrañará, sin duda, es que yo haya podido hablar tanto de ello; apuesto que esta carta le ha cansado más que un viaje de treinta leguas. Vaya, vaya, qué fastidiosa me pongo, Adiós, hasta mañana.

## El 22

Esta carta lleva la forma de un diario y no muy interesante; pero Vd. la leerá cuando no tenga cosa mejor que hacer, y entonces servirá de ocupación, porque vale más, yo lo sé por experiencia, ocuparse de una cosa insípida que estarse sin saber que hacerse.

Ayer me convidaron las Sras. Del Arenal para ir a hacer una visita a Walton; estaban allí algunas otras Sras. que habían llevado dos hombres que cantaban y se pasó un día alegre. Yo me divertí jugando *Chaya*, es decir tirar o arrojar agua y hoja, etc. sobre la cara; Vd. debe conocer esta linda costumbre. Yo conozco todo lo malo que hay que decir contra ella: pero, en una reunión en donde yo no podía divertirme ni agradarme, hubiera sido impropio o intempestivo, al menos, estar entristeciendo a los otros con mi semblante disgustado. Además, cuando niña me gustaba y Vd. sabe que hay veces en que uno vuelve por momentos al estado de niñez. En fin, había allí un Sor. Donoso, a quien gustó mucho; pues vamos allá... Agua va y agua viene, nos mojamos todos bien y después de una larga agitación nos volvimos a nuestras casa; yo con la ventaja de traer un buen sueño que me llevó a mi cama a las ocho y media. He aquí uno de los días más ocupados y alegres de mi vida, después de un mes!

Hoy espero a Gutike, quizás él me traerá alguna carta de Vd. o al menos alguna noticia.

Ayer llegó el correo y tuve el gusto de recibir su carta del 25 de enero. Yo ansiaba por tener noticias suyas creyendo que solo el deseo de saber de su salud era el motivo que me impulsaba; pues bien, yo tengo éstas y me es como que me falta algo. Sí; mi amor propio no está satisfecho, yo me esperaba a un largo discurso sobre la cruel necesidad de alejarse de sus amigos ; creí leer en esta carta el sentimiento de haberme dejado, que me echaba mucho de menos, en fin, que yo ocupase mucha parte de la carta, pues no, Sor., una larga carta toda llena de descripciones de visitas, de cerros, de nieves, etc., qué rabia! Sí, eché a un lado la tal carta llena de enojo; vaya, si es para desesperarse! Sólo una vez se acordó Vd. de mí, y esto porque en igual día yo le servía que beber! Habrá paciencia para esto! Y para colmo decir que no viene hasta fines de marzo. Vd., no sabe cuánto me ha hecho sufrir. Yo que tanto pienso en mi amigo; él se ocupa exclusivamente de sus pinturas; bueno, bueno, Vd. me lo pagará!

Gutike no debe llegar hasta el 1° de marzo y quedo sola por más tiempo. Si no fuera por una carta que recibí de B. Aires de un joven muy buen mozo; sí, Sor., y muy amable, me hubiera enfermado de *désappointement*. En fin, yo se lo perdono y ojalá Dios se lo perdone así. Mucho quisiera *escribir* a Vd. *más*; pero no puedo, la incerteza de si llegará ésta a sus manos, bien que yo la dirijo a Huneeus o a Cuvel, me lo impide. Adiós, mi querido Rugendas; el día que vuelva a verlo será un verdadero placer para

Carmen de Gutike

Talca, 26 de febrero de 1839

Querido amigo mío:

No es de oír sólo que veo contrariado mis deseos, frustradas mis esperanzas; que hoy me aflige más que de costumbre. Había esperado una larga carta suya, deseaba ver en ella fijado el día que debíamos esperarle y me llega su muy cortísima y en toda ella nada de consolante. Pero lo que más me irritó, ya lo dije, me irritó, sí, la idea de que Vd. casi por obligación se ha esforzado

a escribirme. Me encuentra aquella soltura de estilo que resalta en todas las que Vd. escribe cuando por inspiración. Por Dios, Rugendas! No se quite Vd. su tiempo por mí. Tan grata como me es su correspondencia, mejor renuncio a ella que leer estas cartas en la que está tan patente el esfuerzo que Vd. se ha hecho. No, ya no quiero ser a Vd. molesta. Veo que Vd. tiene algo que le aflige, algo que pesa sobre su corazón, me habla Vd. de pesares sin confiarme cuáles son. La amistad tiene consuelos que ofrecer, pero es cuando debe al amigo la confianza de sus males. Qué mal podría yo dirigirle, una expresión de consuelo cuando no sé de qué naturaleza son los que Vd. le afligen. La confianza mutua en la amistad es la que la sostiene. LA reserva rompe los lazos de la más grata costumbre y no entra en mi carácter.

Llegamos el miércoles en la noche, después de un viaje feliz. Nuestra mansión en Bilbao se hizo a lo último muy divertida, si se puede llamar diversión a aquel ruido que uno mismo hace para distraerse de ideas penosas. Como principió a darme el histerico con fuerza y a repetirme muy a menudo, la Sra. Viaytes (sic) tomó a su cargo formar reuniones en que yo pudiese estar entretenida, Todas las noches, o se venían a casa o nosotros íbamos a la suya, y se bailaba o cantaba hasta la una o dos de la mañana. Estos desarreglos me sanaron del accidente; pero después los calores fuertes que sufrimos en el viaje me causaron una fiebre no pequeña, de la cual aún no estoy completamente restablecida; siento mucho calor y estoy ronca. Todo se pasará luego; pero, en general, mi salud no es tan buena como solía después del viaje al mar.

Qué dice Vd. de esta gran victoria de los chilenos? Es pésimo que los peruanos y bolivianos sean menos que gallinas! Pobre Perú! Y pobre Chile! Yo no puedo alegrarme de este triunfo y confieso que soy chilena desnaturalizada. En otros tiempos, en otras circunstancias, mi entusiasmo habría sobrepasado al de los mismos vencederos; pero una guerra tan injusta, un triunfo alcanzado por los opresores de Chile y éste para afianzar más la tiranía que ejercen en él; no puedo alegrarme. Tengo vergüenza de decirlo, pero las injusticias y lo que he sufrido me hacen casi detestar un país que tolera como primeros marginados hombres tan perversos.

Pero, en fin, vendrá Vd. o no? Si puede no espere el invierno para emprender su viaje, ahora en quince días todo convida

a viajar. El tiempo principia a ser fresco, los ríos están viejos. A propósito de fresco, mando una frazada para cuando el fresco comience a hacerse incómodo. No quedó tan buena como pensé; pero, al fin, será más calentadora que las inglesas. La llevé al Maule para ponerla en su cama, pero hizo el viaje inútilmente. El poncho sólo servirá para modelo cuando Vd. pinte indios, y después déle Vd. a su criado. Uno de los hilos que Gutike trajo de Sant°. se está principiando a tejer; ese servirá para que Vd. los use.

Hoy recibimos las litografías. Qué bonitas son y muy propios los trajes! Todos han encargado expresivas gracias por ellas; reciba Vd. las mías también. Pero, por qué puso Vd. su *likness* en las tapas? Si esas se rompen tan fáciles! Duffy está muy contento, él entre los otros es él que sabe apreciar mejor estas cosas. Dice: "Yo quiero conservar las tapas porque Rugendas está muy semejante aquí".

No fue mi objeto escribir una carta tan larga, pero la costumbre ha triunfado. Vd. dispone si con ella le quito el tiempo, y cierto que sólo en descifrarla perderá Vd. algún buen rato. Nunca he escrito peor. Dolores corresponde sus memorias, lo mismo Duffy; y yo, mi querido amigo, deseando volver a verle quedo como siempre, su invariable y mejor amiga,

Carmen Gutike

## II. Teresa Wilms Montt: "Páginas de diario"

El Diario comienza con el encierro de Teresa Wilms en un convento, reclusa por la familia suya y la de su marido como reacción "disciplinaria" (Foucault) ante el escándalo que significó el que, estando casada y con dos hijas, se enamorara intensa y públicamente de un primo del marido—"Jean" o Vicente en las cartas—. La última anotación del Diario está fechada en París, el mismo año de su suicidio, 1921. Los fragmentos reproducidos contienen parte de los signos de una vida de rebeldía frente al orden ético y cultural de su clase social, la alta burguesía chilena de aquellos años, los de la *belle époque*, rebeldía que no pudo ser el comienzo de la construcción de otro espacio biográfico, y,

por el contrario, terminó precipitando su vida, como ella misma dice, en un “naufragio”: luego del paréntesis de su encierro en el convento, saldrá de Chile para convertirse en un sujeto errante: Buenos Aires, Nueva York, Londres, Liverpool, Madrid, París, con un final trágico.

Miércoles 10 nov. (1915)

Estoy abatida, triste, desesperada, en vano clamo al cielo, porque Dios no me oye.

¡No tengo valor para afrontar la vida!

¡El dolor me tiene aplastada, humillada, vencida! Siento que se me van mis energías, la bella confianza que siempre tuve; va decayendo mi voluntad, y creo que llegan al pobre estado de un harapo inservible.

Un desconsuelo sordo me roe el corazón. ¡Dios, quisiera irme para siempre!

¡Jean, te amo con todas las fuerzas de mi vida y de mi inmensa angustia! ¡Si quiero vivir es por ti, para ti! ¡Si no es posible que yo sea enteramente tuya en cuerpo y alma, prefiero morir o no salir jamás de este claustro solitario!

¡Qué soy; un pobre resto de algo que se hundió! Bien me gritaba el corazón, “no sueñes, no esperes, mujer, si todo en el mundo se acabó para ti”. ¡Y yo he esperado, y loca aún espero! ¡Jean, jamás hombre alguno, ha sido amado como te amo yo!

Jueves 11 nov. (1915).

Realmente no sé qué hacer, qué pensar. Mi cerebro, antes inagotable de ideas salvadoras, hoy se niega a discurrir; parece un cerebro ebrio, dormido, enfermo.

Como no puedo clamar a ti, Jean, porque tú estás prohibido en mi situación, y además es imposible porque me vigilan, espían y han cerrado todos los medios de comunicación, voy a escribir al conuñado, como es abogado, él puede informarme sobre el divorcio. No lo encuentro capaz de poder ayudarme, tal



vez ni siquiera prestarse a darme las noticias que le pida; pero qué hago, no tengo nadie. Espero el divorcio como mi salvación.

Hoy he tenido con Paul Garnery una larguísima conferencia y me aconseja mucho no pida el divorcio, porque puedo verme en la triste situación de que me sea negado. Si no lo pido, cómo voy a pasar mi vida entera enterrada en un convento bajo el yugo de un canalla, y sin esperanza de poder ir con mi Jean (y recuperar a mi adoradas hijitas). Estoy extenuada, espero como el ahorcado el momento de que se me ponga la soga al cuello.

¡Dios creo, creo firmemente en ti, por qué me abandonas en mi desolada angustia!

Sábado 13 nov. (1915)

¡Qué horror, Dios mío, qué horror! Cómo es posible que haya sobre la tierra seres considerados como virtuosos que proceden tan mal y sean tan ruines.

Ha venido la Sarah y Jorge Valdés, trémulos de rabia; me han dicho todo lo más espantoso que puede oír un ser humano. Han sabido que te he visto, Jean, y ese escrito que le llevaste a Valdés, le ha parecido mal.

Me dijeron que en mi casa mis padres me maldecían y que había muerto para ellos, que no podía contar con nadie en el mundo, porque era la más corrompida de las mujerzuelas. Que tenía libertad para irme al medio de la calle o implorar tu protección, porque también ellos se sentirían avergonzados de rozarse conmigo.

Le dijeron a la Superiora que era inmoral si tramitara en un convento un pleito de divorcio, así que ella no debe permitir que yo permanezca aquí.

Mi padre (Guillermo Willms Briebe) manda a advertir que si salgo de este convento no cuente con nada de lo que él me da para vivir; se me dan todas las facilidades, para que yo, desesperada, cometa una incorrección y me vaya contigo, Jean!

No quiero que mi amado, que mi ídolo, me desprecie; ¡renuncio a él!, y hago el sacrificio de quedarme en este convento para probarles que mi amor es inmenso y puro, y que yo deseo ser amada y estimada como una mujer de bien.

Y a estos inhumanos cobardes sin entrañas los aplastaré con

mi conducta. Han querido hacer de mí una perversa y se encontrarán con que puedo darles lección de nobleza. Renunciar a Jean me constará la vida; lo siento porque él está adherido a mí como mi propio corazón, pero no quiero que él no sufra una desilusión de la mujer que ha querido y que ha considerado superior.

Creo en Dios, y creo en ti, Jean. ¡Sé que ambos comprenderán mi conducta y mi sacrificio!

Martes 11 enero (1916)

Ha transcurrido el día sin ninguna novedad.

Paul me había prometido venir, pero no ocurrió. Ya me estoy acostumbrando a las decepciones, así me hacen menos mella. Estoy resignada como un animal enfermo que no espera remedio, a morir de mi mal. Zulema, tiene la buena ocurrencia de ponerme diariamente flores frescas sobre la mesa.

Una de mis ocupaciones en las largas horas de melancolía es mirar a las hormigas pasearse de hoja en hoja, llevando en los cachitos el polen de las flores. ¿Qué pienso en esos momentos? Siempre lo mismo, Vicente y Vicente, con un delirio malo que me hace doler el cerebro y palpar fuertemente el corazón.

¡Caramba, no tengo la fuerza de voluntad para desechar esta pasión roedora que me come el alma!

¿Por qué quiero a este hombre de esta manera tan obsesiva? Estoy segura que él no me quiere así; y que tampoco no comprende porque tiene otro temperamento, el cariño que yo le tengo.

Hay fiebres de inquietud, estados de ánimo incomprensibles, misteriosos, sorpresas del corazón... Algo nuevo nace en mi ser, que no puedo analizarlo ni comprenderlo. ¿Será indiferencia?

¡Vivir, vivir quiero!

¿Estaré loca?

Las nubes cruzan por el cielo raudas, bajo la caricia del sol, nubes de verano... Las mías son de invierno, tristes, cargadas de tempestades tenebrosas, que vienen a estallar, en las noches, cuando todo es silencio...

Vicente, hoy no podré decirte te amo, es un caos informe mi espíritu, y mi corazón una máquina sin aceite...

Septiembre 191... Londres.

A un costado de mi cama, en la pared hay tres manchas de tinta.

La primera repartida en puntitos parece una estrella doble, la segunda se abre más abajo en minúscula mano de ébano, la última perfectamente recortada tomó la forma de un haz de piqué.

Resbalo sobre ella mis dedos, con sensibilidad de nervio visual, y siento que esas tres manchas están de relieve dentro de mi cerebro como obstáculo para el fácil rodar de las ideas.

Hay tres, digo, tratando de sí atraerse; tres, digo mirando al techo: el amor, el dolor y la muerte.

Sin saber por qué pareceme que he pronunciado algo grave, algo que recogió en su bolsa sin fondo la fatalidad.

Aunque borré las manchas de la pared, esos tres puntos negros quedarán estampados en mi cerebro.

En la efervescencia de la sangre que bulle, cuando la sorba la Absurda, harán remolino vertiginosamente las tres, en la copa pulida de cráneo.

Un temblor nervioso tira hacia abajo la comisura de mis labios.

Cada vez más espesa la pintura de la noche embadurna los cuadros de la ventana.

Octubre 12, 1919. Londres.

A la altura de Picadilly y Regent Street tuve un encuentro que turbó mi conformidad. Entre los gendarmes marchaba una muchacha pálida y mal vestida cuya situación movía a risa a los paseantes. Comprendí. Sufrir, ley del pobre. La costumbre, es prostitución.

¿Acaso comprende la mercenaria su desgracia? Miseria masacradora de ideales, yo te odio en mi corazón de mujer y en mi mente de artista.

El mundo es cobarde. Con la misma mano que golpea al caído agasaja al grande.

Qué inmundos harapos lucirían los hombres en el cielo, si tuvieran que mostrar como emblemas de sus vidas sus corazones.

Por amor a la belleza y respeto a la soledad, jamás he hecho daño. Es curioso, esta afirmación me sorprende por su absoluta veracidad.

Liverpool, Hotel Adelphi, Octubre 16, 1919.  
3:30 madrugada.

No he podido dormir. A la una de la madrugada cuando iba a entregarme al sueño, me di cuenta que estaba rodeada de espejos.

Encendí la lámpara y los conté. Son nueve.

Recogida, haciéndome pequeña contra el lado de la pared, traté de desaparecer en la enorme cama.

Llueve afuera y por la chimenea caen gruesas gotas, negras de tizne. ¿Es que se deshace la noche?

No tengo miedo, hace mucho tiempo que no experimento esa sensación.

Me impone el viento que hace piruetas silbando, colgando de las ventanas.

No podría explicarlo, pero aquí, en este momento, hay alguien que no veo y que respira en mi propio pecho.

¿Qué es eso? Bajo, muy bajo me digo aquello que hiela, pero que no debo estampar en estas páginas.

La sombra tiene un oído con un tubo largo, que lleva mensajes a través de la eternidad y ese oído me ausculta ahí, tras el noveno espejo.

Madrid

¡Me muero! Al decirlo no experimento emoción alguna, por el contrario, me inclino curiosamente a contemplar el hecho como si se tratase de un desconocido.

Si tuviera la capacidad de estudiar el fenómeno, podría asegurar que es mi conciencia la que ha desaparecido debilitando mis sensaciones corporales, hasta hacerme creer que el cuerpo solo vive por recuerdo.

No hay médico en el mundo que diagnostique mi mal; histeria, dicen unos, otros hiperestesia. Palabras, palabras, ellas abundan en la ciencia.

Al escribir estas páginas una fuerza sobrenatural me ordena que imprima en ellas un nombre.

¡No, no lo diré, me da miedo!

Cuando aparece este nombre en mi círculo nebuloso, se levantan mis manos con lentitud profética y fulguran bajo la noche con estremecimientos sagrados.

¿Me muero estando ya muerta, o será mi vida muerte eterna...?

París.

Dejo a mis hijas Elisa y Sylvia todas mis buenas intenciones: es lo único que poseo y mi único tesoro.

Me siento mal físicamente, nunca he tributado a mi cuerpo el honor de tomar su vida en serio, por consiguiente no he de lamentar el que ella me abandone.

Vida, sonriendo de tu tristeza me duermo y de tus celos de madre adoptiva. En tus ojos profundos he rebrillado inconfundible la iniciativa de mi ser astral.

Solo una vez más se filtrará mi espíritu por tus alambiques de arcilla.

Vida, fuiste regia en el rudo hueco de tu seno me abrigaste como al mar y, como a él tempestades me diste y belleza.

Nada tengo, nada dejo, nada pido. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había.

Sufrió y es el único bagaje que admite la barca que lleva el olvido.

### III. Gabriela Mistral, "Música Araucana"

A la luz de las prolongadas huelgas de hambre sostenidas por comuneros mapuches presos en Concepción, Temuco, Angol, denunciando la aplicación de leyes discriminatorias y pidiendo el reconocimiento de sus derechos como pueblo, un pueblo por siglos despojado, esta crónica de Gabriela Mistral, de 1932, resulta de una actualidad impresionante.

Los recolectores líricos de una empresa norteamericana impresora de discos, que han recorrido la América Latina cumpliendo una comisión que era más nuestra que de los norteamericanos, de recoger gajo a gajo nuestro folklore desperdigado y, en buena parte, ya perdido, llegaron por fin a la Araucanía de Chile a oír cantar indios legítimos, indiada absoluta.

Dicha empresa había ya coleccionado a centenas materiales mexicanos, argentinos y colombianos, y debemos a su industria el haber podido recibir muchos miembros musicales de la raza, en forma que los coleccionistas buscadores cuentan ya como recuperado el cuerpo completo de un cancionero criollo. Pero el criollismo, aun el bonito, aun el fino, padece en este aspecto, como en el de la costumbre, de la fealdad y de la debilidad de la mixtura. Una frase musical española con un grito indio adentro, no pedazo de “cante hondo” acostado en una melodía de sensualidad mestiza, nos disgustan la oreja delicada que les reconoce los sumandos opuestos y nos desordena la emoción que recibimos.

Yo había acabado por creer que nuestros indios araucanos tampoco en este capítulo tenían cosa de valerles como defensa y buscarles con el cariño, lo mismo que carecen de cerámica pintada y de joyería mayor que poner al lado de los preciosos jades mexicanos o de la alfarería estupenda de los quechuas.

Finalmente, la empresa llegó por esas australidades a averiguar la canción araucana lo que a eso se parezca, porque le viene mal a la cantilena desolada que es ella el mote blando y un sí no es galante de “canción”, palabra de entraña italiana o provenzal, mal avenida con los sabores sin melaza, seco-acerbos, tónico-agencianado de la cosa india.

Parece que el gobierno chileno incitó a la empresa, ocurrencia bonita si no la hubiese malogrado en seguida por estupidez. Según me cuentan, un personaje oficial que escuchó con su pobre oreja los cuatro discos impresos, encontró demasiado primitivos aquellos cantos de guerra o de caza, indignos de ser mostrados como documentos raciales, y ordenó la recogida de las cuatro ediciones. Dicho personaje lleva, hasta en sus fotografías retocadas, unos indudables huesos indios, un desorden visible de facciones españolas y aborígenes que se le pelean en lucha desgraciada sobre su semblante de mestizo feo, de mestizo no “aconchado” todavía... Nos conocemos el ejemplar a lo largo de toda la América

mestiza; mientras más le grita a un hombre el injerto mongol, mientras más le flaquean en la cara los trazos ibéricos, más rabia pone en cubrir lo descubierto y negar lo ostensible y aventarse el indio siamés de cuerpo y de alma, y sobre todo de su cuerpo.

Los cuatro únicos discos araucanos fueron, pues, excluidos de la venta y arrinconados en almacenes fiscales o legaciones. Por una casualidad bienaventurada me he conseguido la pequeña colección a pesar de los pesares.

## **La Raza Gris**

Extraño pueblo el araucano entre los otros pueblos indios, y el menos averiguado de todos, el más aplastado por el silencio, que es peor que un “pogrom” para aplastar una raza en la liza del mundo.

Mientras norteamericanos y alemanes fojean el suelo de Yucatán, su archivo acostado en arcillas leales, donde la raza está mucho mejor contada que en los dudosos historiadores-soldados, y la remisión entrega cada mes novedades grandes y pequeñas; y mientras el sistema de vida social quechua-aimará sigue recibiendo comentario y comentario sapientes que lo hacen el abuelo del hecho ruso contemporáneo, a nadie le ha importado gran cosa —excepto a unos dos o tres especialistas y a otros tantos misioneros— la formidable raza gris, la mancha de águilas cenicientas que vive Biobío abajo, si vivir es eso y no acabarse.

## **La Araucana**

Su epopeya tuvo ese pueblo, una merced con que el conquistador no regaló a los otros, el apelmazado “bouquin” de Alonso de Ercilla, que pesa unos quintales de octavas tan generosas como imposibles de leer en este tiempo.

Cualquiera hubiera pensado que un pueblo dicho en poema épico, referido elogiosamente por el enemigo, exaltado hasta la colección de clásicos españoles, sería un pueblo de mejor fortuna en su divulgación, bien querido por las generaciones que venían

y asunto de cariño permanente dentro de la lengua. No hay tal; la intención generosa sirvió en su tiempo de reivindicación –si es que de eso sirvió–, pero la obra se murió en cincuenta años de la mala muerte literaria que es la del mortal aburrimiento, la de disgustar por el tono falso, que estos tiempos sinceros no perdonan, y de enfadar por el calco homérico ingenuo de toda ingenuidad.

Lástima grande por el cantor, que fue soldado noble, pieza de carne dentro de la máquina infernal de una conquista, y más lástima aún por la raza que pudo vivir, hasta sin carne alguna, metida en el cuerpo de una buena epopeya, que no le quedaba ancha, sino a su medida.

El bueno de Ercilla trabajó con sudores en esa loa nutrida de trescientas páginas, compuestas en las piedras de talla de las octavas reales. Cumplió con todos los requisitos aprendidos en su colegio para la manipulación de la epopeya; masticó *Ilíadas* y *Odiseas* para reforzarse el aliento, e hizo, jadeando, el transporte de la epopeya clásica hasta *La Araucanía* del grado 40 de latitud sur. Tan fiel quiso ser a sus modelos, según se lo encargaron sus profesores de retórica; tan presente tuvo sus *Aquiles* y sus *Ajax*, mientras iba escribiendo; tan convencido estaba, el pobre, de que la regla para el canto es una sola, según la catolicidad literaria, que se puso a cantar y contar lo mismo que *Hornero* cantó a sus aqueos, a los indios salvajes que cayeron en sus manos.

Bastante pena se siente de la nobleza de propósito y de la artesanía desperdiciada. “*La Araucana*” está muerta y sin señales de resurrección dichosa, aunque me griten: “¡sacrilegio!” los letrados ancianos, y por ancianos inocentones y pacienzudos, que la leen aún y la comentan en Chile –que en España y América a ninguno se le ocurre ya comentarla ni leerla–. Tocada por donde la tañan, no suena a plata cristalina de verdad; responde como esas campanas de palo que hacía cierto burlón. Menos que sonar gayamente, echa la pobre aquellas sangres tibias que manan todavía tantos libros viejos cuando se les punza cariñosamente. Manoseada por el curioso del año treinta y dos, nuestra “*Araucana*” se nos queda en la mano como un pedazote de pasta de papel pesada y sordísima.

No importa el mal poema: la raza vivió el valor magnífico; la raza hostigó y agotó a los conquistadores: el pequeño grupo salvaje, sin proponérselo, vengó a las indiadadas laxas del continente y les dejó, en buenas cuentas, lavada su honra.



## Cómo los hemos matado

El pueblo araucano se sume y se pierde para el mundo después de su asomada a la epopeya. La conquista de Chile se consuma en toda la extensión del territorio, excepto en la zona de la maravillosa rebeldía; la Colonia sacude de tanto en tanto su modorra para castigar a la digna indiada con incursiones sangrientas y rápidas que la aplacan por uno o dos años. Acabado el coloniaje vulgar y poltrón, llegará la independencia sin traer novedades hazañosas en la zona centauresca, trayendo sólo ciertos procedimientos nuevos en la lucha.

El mestizaje criollo había de ser igual o peor que la casta ibérica hacia la raza materna, y de maternidad ennoblecedora de él mismo, a quien alabará siempre en los discursos embusteros de las fiestas, pero a la que evitará dejar subsistente y entera. El mestizaje descubriría la manera de desfondar la fortaleza araucana y de relajar su testarudez dando rienda suelta a sus vicios, particularmente a la embriaguez en unas ocasiones, y arrancando a la indiada de su región para dispersarla y enloquecerla con la pérdida del suelo en otras, señalándole la famosa "reducción", la sabida "reserva", como en un marco insalvable.

Los españoles, vencidos y echados, han debido reírse de buena gana muchas veces de cómo el criollo americano, en todas partes, continuó el aniquilamiento del aborigen con una felonía redonda que toma el contorno del perfecto matricidio.

Mucho se ha asegurado que el alcoholismo es la causa más fuerte de la destrucción indígena o la única de sus causas. La que escribe vivió en ciudad chilena rodeada de una "reducción", y puede decir alguna cosa de lo que entendió mirándoles vivir un tiempo.

Creo que estas indiadas, como todas las demás, fueron aventadas, enloquecidas y barbarizadas en primer lugar por el despojo de su tierra; los famosos "lanzamientos" fuera de su suelo, la rapiña de una región que les pertenecía por el derecho más natural entre los derechos naturales.

Hay que saber, para aceptar esta afirmación, lo que significa la tierra para el hombre indio; hay que entender que la que para nosotros es una parte de nuestros bienes, una lonja de nuestros numerosos disfrutes, es para el indio su alfa y su omega, el asiento de los hombres y el de los dioses, la madre aprendida como tal desde el ganeo del niño, algo como una esposa, por el amor

sensual con que se regodea en ella y la hija suya por siembra y riesgos. Estas emociones se trenzan en la pasión profunda del indio por la tierra. Nosotros, gentes perturbadas y corrompidas por la industria; nosotros, descendientes de españoles apáticos para el cultivo, insensibles de toda insensibilidad para el paisaje, y cristianos espectadores en vez de paganos convividores con ella, no llegaremos nunca al fondo del amor indígena del suelo, que hay que estudiar especialmente en el indio quechua, nuestro agrario en cualquier tiempo.

Perdiendo, pues, la propiedad de su Ceres confortante y nutridora, estas gentes perdieron cuantas virtudes tenían en cuanto a clan, en cuanto a hombres y en cuanto a simples criaturas vivas. Dejaron caer el gusto del cultivo, abandonaron la lealtad a la tribu, que derivaba de la comunidad agrícola, olvidaron el amor de la familia, que es, como dicen los tradicionalistas, una especie de exhalación del suelo, y una vez acabados en ellos el cultivador, el jefe de familia y el sacerdote o el creyente, fueron reentrando lentamente en la barbarie –entrando diría yo, porque no eran la barbarie pura que nos han pintado sus expoliadores–. Después de rematar nuestra rapiña, nos hemos puesto a lavar a lejía la expoliación, hasta dejarlo de un blanco de harina. Robar a salvajes es servir la voluntad de un Dios, que tendría una voluntad caucásica...

## **Recuerdo de Cautín**

El anexo de mi Liceo de Niñas de Temuco funcionaba vecino al juzgado: la mayor parte de la clientela de aquella sucia casa de pleitos, resolvedora de riñas domingueras, la daba, naturalmente, la indiada de los contornos.

Cada día pasaba yo delante de ese montón de indios querellosos o querellados, que esperaba su turno en la acera, por conversar con las mujeres que habían venido a saber la suerte que corría el marido o el hijo.

Sus caras viriles, cansadas del mayor cansancio que puede verse en este mudo, me irritaban acaso por un resabio de apología ercillana, acaso por simple sentimiento de mujer que no querría nunca mirar expresión envilecida hasta ese punto en cara

de varón. Pero una cosa me clavaba siempre en la puerta del colegio, expectante y removida: la lengua hablada por las mujeres, una lengua en gemido de tórtola sobre la extensión de los trigos, unas parrafadas de santas Antígonas sufridas que ellas dirigían a sus hombres, y cuando quedaban solas, una cantilena de rezongo piadoso o quién sabe si de oración antigua, mientras el blanco juzgador, el blanco de todos los climas, ferozmente legal, decía su fallo sin saber la lengua del reo, allá adentro.

Dejé aquella ciudad de memoria amarga para mí, y no volvió a caer en mis oídos acento araucano en quince años, hasta el año de 1932, cuando mis discos me la han traído a Europa a conmovirme de una emoción que tiene un dejo de remordimiento.

Digo sin ningún reparo "remordimiento". Creo que a pies juntillas en los pecados colectivos de los que somos tan responsables como de los otros, y es el dogma de la Comunión de los Santos el que me ha traído en su espalda el dogma mellizo. Nos valen, dice el primero, los méritos de los mejores, y se comunican desde el principio al último de nosotros como el ritmo de las manos en la ronda de niños; nos manchan y nos yagan, creo yo, los delitos del matón rural que roba predios de indios, vapulea hombres y estupra mujeres sin defensa a un kilómetro de nuestros juzgados indiferentes y de nuestras iglesias consentidoras.

## Las Canciones

Aquí están sonando en mi casa italiana los cantos guerreros y domésticos de la garganta araucana. Ellos repiten su lamentación tantas veces como lo quiere mi oreja hambreada; ellos me dan su extraño relato humano para hablar con expresión católica, pero de veras infrahumano, de criaturas que hablan y cantan con una voz tan extraña que, si no articulasen palabras, no la reconoceríamos como de semejantes, sino como de seres de otra parte, de un planeta más desgraciado y que viviría cierta puericia que nosotros hemos dejado atrás.

Estas voces, que cantan son algo más que tristes, sin que las podamos llamar desgarradoras, porque el desgarrar es todavía un erguimiento; ni amargas, porque la amargura se trae clavada su puntita de rencor viril. Las bestezuelas heridas tampoco

gemirían de este modo, porque dicen que en el registro de su quejido último no se pierden enteramente las otras voces dadas en las aventuras alegres, en el refocilarse del estío bueno. Las bestezuelas que se quejan en mi disco serían unas que no tuvieron disfrute de pastos grasos y saboreo de pieza sanguinosa, y que no trataron como el huemul ágil o el puma fogoso, felices de canícula o de amor.

La voz nos confiesa, dicen, más que los gestos, más que la marcha y que... la escritura. Cierto es, y aquello que está sonando en la bendita máquina fea me lo oigo como una confesión, como un documento y como un pedazo de mi propia entraña perdida, casi irreconocible, pero que no puedo negar.

Son hermosas de profunda hermosura, sin embargo, las cuatro canciones, por una desconcertante originalidad. Eso no nos había caído a la oreja folklórica en ninguna parte; eso no viene de la quena elegíaca ni de la marimba maya; y eso no contiene una dedada de criollismo. Se ha guardado puro, en el anegamiento de la música india que hicieron cuatro siglos de batidura desordenada de las dos sangres; se ha mantenido testarudamente puro según el empecinamiento araucano; ha dejado resbalar en el aire de Lebu o Traiguén las andaluzadas o las aragonesadas que venían de los alrededores, como el peatón deja pasar al peatón en el camino. Agradecimiento les doy a las gargantas cantadoras por esta preciosa lealtad a sí mismas, virtud en que el indio sobrepasa al blanco imitador, para el cual todas las cosas se vuelven pegadizas en este tiempo.

En torno a la vieja Araucanía los criollos han cantado tanto como han vendido y cultivado. La cantadora y la abuela de la cantadora oían la melosa canción criolla, en su balanceo de melancolía y de deseo, y sus oídos aventaban la queja melodiosa, pero que no les sirve para quejarse ellas.

## Palabra y Canto

Asegura el buen Maragall, con cierta ingenua soberbia gremial, que el canto fue primero que la expresión hablada, por ser más natural a la condición humana, que sería una condición lírica. Tantas gentes existen para las cuales el canto no es un ansia ni

una complacencia, que yo no le he creído a mi Maragall, a quien le creo gustosamente muchas cosas profundas. Sin embargo, la música araucana me ha hecho pensar en una verdad colindante con aquella fantasía.

Las cantadoras araucanas pasan sin sentirlo del habla al canto, del contar al cantar, volviendo al habla y regresando de ella a la canción con una naturalidad consumada. Me hacen pensar, mientras las oigo, en que el habla legítima del hombre pudiese ser esa mixta que escucho, conversada en las frases no patéticas del relato, y trepada a canción en cuanto el asunto sube en dignidad, se vuelve intenso, y entonces pide lirismo absoluto.

Esta pudiera ser la ley que siguieron nuestros abuelos, más atentos que nosotros, o, solamente, más sinceros en la expresión de sus sentimientos; ésta volvería a ser nuestra ley si recuperásemos los hábitos bárbaramente olvidados; el de cantar y el de dibujar, segunda y tercera forma de expresión nuestras.

La canción guerrera resulta de una belicidad bastante dudosa; no corren a lo largo de ella los ritmos de cabalgata que le pedimos, ni se oye el tamboreo sordo de la carrera a pie, y no gritan adentro de ella los chillidos guerreros, el "chivateo" araucano que precedía y seguía la marcha del clan, loco de sangre. Una serenidad sombría, una lentitud de procesión fúnebre apaga el belicismo y lo vuelve una especie de jadeo desolado. ¿Eran ésos los cantos de la pelea ercillesca, o son las canciones "de después", en los negros tiempos de la derrota? A menos que este pueblo, desprovisto de risa y de fanfarronería, haya caminado también a la matanza y al saqueo como a un rito sin alegría, que sería tocio lo contrario de lo que nos han contado sus cronistas.

## **Canción y trabajo**

Las canciones domésticas nos saben a cosas más apegadas a sus asuntos, por su gravedad dulce y su apesadumbrada monotonía. Cantaban los pueblos primitivos acompañando su trabajo; cantaba el quechua admirable, a lo largo de toda la jornada agrícola; cantaban los alfareros, los talladores de piedra y los

recamadores mayas, y ésta es otra de las costumbres “salvajes” que haríamos bien de recuperar los civilizados para enmielarnos el trabajo, así el duro como el feo, y también para meter en él esa norma de ritmo que suaviza cualquier esfuerzo acordándolo con pautas invisibles y ayudadoras.

Se me ocurre que dos de esas canciones, cuya letra no entiendo, sean música acompañadora del trabajo del telar, uno de los más dulcemente rítmicos que se conocen, y formen de esta manera unas asociadas melodiosas de la industria del “choapino”. Veo el grupo de indias bordadoras y tarareadoras. El lote flotante de esta pobre raza, que mantiene su robustez y la belleza de sus formas, es la mujer, menos embrutecida que el hombre por los aguardientes y ennoblecida por una maternidad ardiente. Las miro sentadas, con su cara redonda, un poco grasa, su color bastante pálido y que no amarillea como el de los trópicos; sus piernas celosamente envueltas hasta el tobillo y sus pies de obrera china, pequeños a pesar de las marchas, y más lindos de ver que los de las señoritas criollas.

### **Monotonías mongólicas**

La monotonía de la canción es la misma que la de los demás pueblos asiáticos y se aproxima un poco a la de ciertas danzas polinesias. Los oídos acostumbrados a las modulaciones ricas, y especialmente a las barrocas, no entenderán nunca la belleza religiosa de estas tiradas lentas, de estos acunamientos profundos que los viejos pueblos se dieron a sí mismos para acompañar su tristeza y su misma alegría. El acomodamiento del oído a la letanía cuesta como el de los ojos a la belleza del desierto. H. D. Lawrence escribe con disgusto del ritmo reiterado del tambor azteca, y a un hombre irlandés hay que dejarle en esta ocasión el derecho de no entender. Nosotros, los que llevamos en la sangre la misteriosa gotera asiática, la lágrima especiosa que vino del Oriente, y que, gruesa o pequeña, todavía puede en nuestra emoción y suele poder más que el chorro ibérico; nosotros entramos fácilmente en la magia atrapadora, en la delicia dulce de esta monotonía que mece la entraña de carne y mece también el cogollo del alma; nosotros sí somos capaces de escuchar la hora y las

horas ese redoble “empalagoso” que pudiera parecerse al “ritmo pitagórico de las esferas”. Al cabo podría ser mejor una armonía elemental que una barroca... la famosa armonía sideral...

El instrumento que no conocemos, el “birimbao”, de una sola cuerda, ha intrigado con su acento subterráneo, que no se suelta con oboes ni salterios ni flautas, a varios músicos franceses entendedores en instrumentos de metales conocidos, de fibras estrambóticas o de combinaciones habilidosas de ambas cosas. Admirable resulta la semejanza de él con la voz de la cantadora, hasta el punto de que da la ilusión de ser lo mismo. ¿Cómo se han buscado y hallado ellos ese material tan fraterno de su entonación y cómo han concebido la idea de la perfección que puede lograrse cuando el instrumento no acompaña sino que sigue a la voz, siendo más bien una decoración subordinada a ella que un actor dialogante y asociado?

Alguno de buena voluntad que haya visto y volteado el “birimbao” me lo describa, para sabérmelo con ojos y oído, que es el buen saber, y para entender un poco la industria dichosa de donde viene ese sonido profundo e inédito, desconocido para mí y para mucha de mis gentes, que lo teníamos, pero que no lo habíamos poseído, ya que posesión es disfrute.

*La Nación*, 17 de abril de 1932

Buenos Aires.

## Notas

- 1 Carmen Arriagada. *Cartas de una mujer apasionada*. Edición, estudio preliminar y notas de Oscar Pinochet de la Barra. Santiago: Editorial Universitaria, 1990.
- 2 Ver mi ensayo “Carmen Arriagada y la ciudad ausente”. En *Nomadías*. Santiago. N° 8, octubre de 2008, 118-133.
- 3 Teresa Wilms Montt. “Páginas de diario”. En *Obras completas*. Edición de Ruth González Vergara. Santiago: Editorial Grijalbo, 1994, 61-201.
- 4 Gabriela Mistral. “Música araucana”. En *Recados contando a Chile*. Selección, prólogo y notas de Alfonso M. Escudero. Santiago: Editorial del Pacífico, 1957, 80-90.
- 5 La letra de ambas recogida en Patricio Manns, *Violeta Parra*. Barcelona: Ediciones Júcar, 1984, 107-108 y 122-123.
- 6 Las ideas expuestas aquí, sobre la crónica de Gabriela Mistral “Música araucana”, forman parte de un ensayo inédito dedicado a sus *Recados contando a Chile*.